

# Anotaciones sobre la espiritualidad que nos hace solidarios<sup>1</sup>

---

*German R. Rosa Borjas, S.J.*



El espíritu de la época<sup>2</sup> se objetiva en y a través de los grandes progresos tecnológicos y científicos, de las grandes transformaciones económicas, financieras y políticas, así como en los grandes cambios culturales; todas estas transformaciones que aparecen muy fascinantes están asentadas sobre unas bases de arenas movedizas porque se acrecientan las asimetrías sociales que tienden a globalizarse a lo largo y ancho del planeta.

En este escenario complejo y diverso, hay un espíritu solidario que mueve a las personas a adherirse para hacer una cadena que pueda rescatar valores fundamentales como la vida humana, la diversidad de

---

<sup>1</sup> Agradezco a mis amigos(as) que me han inspirado y corregido en la elaboración de este artículo.

<sup>2</sup> Entendemos por espíritu de la época, el espíritu que caracteriza a la humanidad en estos tiempos actuales en el proceso de la historia. Es decir, el espíritu de la época es el perfil de nuestra época actual. Este espíritu tiene sus manifestaciones culturales, políticas, artísticas, religiosas; también se expresa en determinadas estructuras sociales y económicas. *Cfr.* José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, Tomo 2, Alianza Editorial, S.A., Madrid 1984, pp. 1013-1014.

culturas, la equidad en las relaciones de género, los derechos elementales de toda mujer y todo hombre en un contexto de armonía con la naturaleza y el cosmos.

La solidaridad es un hecho real de individuos y grandes grupos en la sociedad, así como de redes institucionales<sup>3</sup>. La solidaridad se convierte en praxis que nos introduce en un lenguaje universal, un idioma que es accesible a todas las personas que son sujetos de la solidaridad y a todos los pueblos. En síntesis, la solidaridad es expresión de nuestra condición humana y como tal donde hay humanidad hay solidaridad.

Nos atrevemos a pensar que la praxis de la solidaridad humana tiene una espiritualidad subyacente, una mística que se basa en principio en la realidad misma del ser humano, cuya raigambre puede remitirnos al hecho mismo de ser creatura que puede desplegar su capacidad de creer y entender dentro de lo posible el misterio de Dios. Se puede ser solidario de hecho sin profesar explícitamente la fe cristiana. La solidaridad puede ser entendida como reacción de lo que es el hombre en sí mismo, la mujer en sí misma, pero también se puede ser solidario(a) siendo cristiano(a). En este caso la praxis solidaria no sólo es posible por el hecho mismo de nuestro ser persona sino porque también es alimentada por una espiritualidad, una mística que vislumbra el carácter de ultimidad que tiene la solidaridad humana.

La solidaridad es una expresión real de los seres humanos porque somos seres sociales vertidos hacia los demás, pero también este espíritu solidario puede estar animado por el diálogo íntimo y profundo con Dios.

Todo esto nos induce a concebir que la solidaridad misma formaliza un lenguaje que nos habla de manera operativa y eficiente de la espiritualidad. Dicho en otros términos, la solidaridad es expresión de quien vive una mística de lo cotidiano, de lo vanal y lo prosaico; pero también puede ser manifestación de una experiencia de fe formalizada, explicitada de acuerdo

---

<sup>3</sup> Entendemos por solidaridad la adhesión circunstancial a una causa, empresa u opinión de otro. También se aplica a las obligaciones contraídas *in sólido* y a las personas que las contraen. Solidario viene de sólido. Cfr. La Real Academia Española, Diccionario de la Lengua Española, Tomo II, Editorial Espasa Calpe, S.A., Madrid, 1992, p. 1899.

al lo que se vive como experiencia de fe. En todo caso la solidaridad parte del hecho mismo de que sólo siendo humanos podemos ser solidarios.

Vamos a analizar un poco más de cerca la solidaridad como hecho humano y como experiencia cristiana. Nuestra reflexión aborda en un primer momento el hecho mismo de la solidaridad como una manifestación de nuestra humanidad, luego señalaremos algunas dificultades de la solidaridad e insuficiencias de algunas prácticas actuales, enseguida vamos a reflexionar cómo Dios no es ajeno al drama humano sino que es solidario, finalmente expresaremos lo que significa vivir la solidaridad con espíritu de buenos samaritanos.

## **La solidaridad como una manifestación de nuestra humanidad**

### ***La solidaridad es evidentemente una muestra de hecho de humanidad***

El ser humano es solidario porque su propia constitución le hace ser como tal. Hay rasgos fundamentales de la realidad humana que nos inducen a pensar que es propio de la constitución del modo de ser de la persona el ser solidario.

Cuando afirmamos que el ser humano es solidario, lo es por su constitución corporea, biológica, Zubiri llama a esta dimensión "sustantividad biológica", y por su dimensión espiritual que podríamos, llamar en lenguaje zubiriano "espíritu animado". El ser humano es solidario porque es en definitiva una unidad estructural y se compromete solidariamente con los demás<sup>4</sup>.

Desde esta perspectiva, nos damos cuenta que el hombre y la mujer son solidarios porque su propia realidad humana manifiesta este espíritu de solidaridad que lleva al compromiso con los demás. El hombre y la mujer no son solamente solidarios espiritualmente, sino que además son solidarios en la praxis por alcanzar los grandes objetivos o metas que los plenifican<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> Seguimos en este apartado la reflexión que hace Ignacio Ellacuría sobre la antropología de Xavier Zubiri porque nos ilumina sobre nuestro tema. Cfr. Ignacio Ellacuría, *Escritos Filosóficos*, Tomo II, UCA Editores, San Salvador, El Salvador, 1999.

<sup>5</sup> La sustantividad biológica y espíritu animado coinciden en la totalidad del organismo. El espíritu animado y la sustantividad biológica son dos principios que constituyen la unidad radical del ser humano en su corporeidad. Ambos principios se estructuran internamente, se codeterminan, tienen un intrínseco acoplamiento, no pueden ser

Somos espirituales porque hay condiciones en nosotros mismos para serlo. Pero también somos seres solidarios porque hacemos nuestra vida no solamente con las cosas físicas y con nuestra propia realidad, sino que además la hacemos con los otros hombres y mujeres así como con Dios.

Precisamente por esta presencia interactiva que tenemos nosotros con los demás, que responde en última instancia a la estructura psicofísica de nuestra inteligencia que se apropia de las posibilidades históricas para ser solidarios, es que podemos vivir socialmente nuestro compromiso de solidaridad. Estamos vertidos hacia los demás y los demás están incrustados en nuestra propia vida.

Somos solidarios porque somos capaces de reaccionar ante la tragedia, las catástrofes naturales, los problemas humanos de distinta índole. La inspiración de la solidaridad es la certeza misma de responder adecuadamente con otros ante los problemas que no pueden resolverse al margen de la convivencia, ni de lo comunitario, lo cual supone que quien es solidario pertenece a un cuerpo social.

## **Dificultades de la solidaridad e insuficiencias de algunas prácticas actuales**

Nuestro contexto actual nos plantea unos obstáculos reales que son puestos en evidencia por el hecho mismo de ser solidarios. Es decir, la solidaridad nos muestra la insuficiencia de una serie de prácticas de moda. Esto sin duda hace más difícil vivir siendo solidarios.

El que vive “la mística”<sup>6</sup> que inspira la solidaridad en nuestro contexto actual es quien es capaz de arrancarse de la actitud conformista y confortable de buscar lo

---

plenamente lo que son sin constituir uno junto al otro la posibilidad de ser lo que cada uno es. Si lo aplicamos a nuestra reflexión sobre la solidaridad, nos damos cuenta que el hombre y la mujer tienen un espíritu solidario precisamente porque tienen de suyo este espíritu que los anima para ello. Desde esta perspectiva, se supera el dualismo entre el cuerpo y el espíritu, porque ambos principios se estructuran internamente en la unidad radical del ser humano en su corporeidad. No hay una contraposición entre espíritu y materia en la realidad humana. De esta manera no se puede valorar una dimensión en perjuicio o en detrimento de la otra. Normalmente, se ha destacado la importancia del espíritu en perjuicio de la realidad física-biológica del ser humano y todo aquello que constituyen las condiciones necesarias para vivir dignamente.

<sup>6</sup> La mística hace referencia no sólo al aspecto racional de la solidaridad. También hay una dimensión trascendente, hay un aspecto divino, hay también imágenes, símbolos,

que es sólo su provecho y su propio bienestar. El que es capaz de dar este paso fundamental es quien se atreve a viajar a lo más hondo de su intimidad, sumergirse para vivir este momento sublime de hacer de su acción, de sus actos este puente entre lo que vive, lo que cree y lo que espera con su realidad externa, asumiéndola, transformándola. Esta experiencia de vivir solidariamente lo exterior desde lo más íntimo, nos sitúa en un justo equilibrio entre lo que somos individualmente sin negar lo particular, ni tampoco lo social que me hace descubrir el encuentro con el otro. Hay en definitiva el encuentro y la comunión con el Gran Otro en ese intento de ir y volver, de salir y entrar en nuestro interior. De la intimidad se da el paso al encuentro con el otro. Se articula la contemplación y el compromiso con el otro.

Alimentar nuestra praxis solidaria con espiritualidad supone superar todo tipo de dualismo que restringe la acción del Espíritu al ámbito privado o de la intimidad; una espiritualidad sin dualismos hace que la calidad de la vida sea coherente, tenga continuidad con nuestra fe radical en el sentido antropológico y también teológico. Es decir, el ser humano que actúa en la historia es el mismo que vive su dimensión fundamental de confianza en sí mismo y se deposita con los otros en su praxis solidaria. Así mismo, el Dios que encontramos en lo más íntimo de nuestra propia intimidad es el Dios que actúa en la historia.

En un contexto donde impera el escepticismo de cara al compromiso y el cambio, una espiritualidad que nutre, alimenta la solidaridad nos lanza al compromiso, a ser fieles con nuestra propia realidad de ser y hacer con y para los demás, contrastando y negando al mismo tiempo toda actitud legitimadora de una situación que da por supuesto que no hay obligaciones, ni normas, tampoco valores, que confunde el bien con el mal porque tampoco concibe la existencia de bienes ni males universales. Muy probablemente, el escepticismo es también una posición cómoda que adopta una postura acrítica ante algunos males que son universales ó más bien que son cada vez más universalizables en nuestros países tales como la pobreza, la exclusión, la violencia.

Desde esta perspectiva, la solidaridad es radicalmente crítica, incompatible con el escepticismo que puede llegar a tolerar los diversos modos de convivencia sin aceptar el compromiso fundamental del bien

universal. La solidaridad activa y efectiva es un modo de determinación de los hombres y mujeres que asumen su condición humana y su situación real. En este sentido, no podemos ser plenamente humanos sin ser solidarios, tampoco prescindiendo de la situación histórica y social de nuestros tiempos.

También es evidente que la solidaridad puede ser para lo bueno como para lo malo. Uno puede estar adherido o asociado a una causa, empresa u opinión de otro u otros para hacer el mal. Tal es el caso de la violencia bajo sus distintas manifestaciones. En este caso, esta adhesión es negativa, destructiva y perniciosa; pero cuando hablamos de solidaridad con mística y espiritualidad, hablamos de la solidaridad que de suyo es positiva, constructiva y beneficiosa. Desde esta óptica, la solidaridad nos impele para superar esta concepción pobre e insuficiente de la persona que busca hacer el mal real y objetivo, pero también critica la praxis personal e institucional que busca hacer lo que les conviene para su mayor provecho, sin considerar sus consecuencias de cara a la convivencia, a lo que es común en la sociedad.

También una espiritualidad que lanza a la solidaridad es una espiritualidad inserta en la cultura, es decir, es una espiritualidad inculturada, lleva a tener una conversión, una claridad para inteligir la realidad en constante transformación. Por esta razón impulsa, empuja a participar de los movimientos sociales tales como: los que propugnan el respeto de la dignidad de la mujer, los que valoran las diferencias étnicas y el pluralismo cultural; la conservación y la armonía de la especie humana con la naturaleza, la participación activa de los movimientos pacifistas y de los derechos humanos, etc.

Vivir la dimensión espiritual en el hecho mismo de ser solidarios es dar lugar a las creencias, las convicciones, a la fe radical, es decir sí a la confianza honda y sentida, así como a la esperanza de lo nuevo y de lo que va a cambiar, que nos lleva a crear vínculos con el otro o los demás; pero además nos conduce a vivir según el Espíritu siendo solidarios, siendo sensibles ante el dolor, ante el sufrimiento del próximo.

## **Dios no es ajeno al drama humano, ni es indiferente, Dios es solidario**

Teológicamente la solidaridad es una cualidad asumida y manifestada por la Divinidad.

En el Antiguo Testamento Yahveh se muestra solidario con su pueblo, no obstante el pueblo de Israel rompe con frecuencia la solidaridad con su salvador, con el Dios liberador que lo sacó de la esclavitud de Egipto<sup>7</sup>.

Dios no es ajeno al drama humano, por eso actúa en la historia y no es indiferente ante quien es afectado por la tragedia, el dolor y el sufrimiento. Si Dios redime, rescata, libera a la humanidad del abismo del mal, el pecado y la muerte, no podemos obviar que en la acción salvífica se muestra de suyo que es una acción salvífica-solidaria con la humanidad y la creación.

Esto nos lleva a sospechar si no habrá una semejanza del ser humano con el Dios creador que lo acompaña solidariamente en la historia en las buenas y en las malas.

No solamente la solidaridad es una cualidad inherente a la acción salvífica sino que es también constitutivamente evangélica. Jesús de Nazaret, el Dios con Nosotros, ha sido fundamentalmente solidario. En el hecho mismo de su *kénosis*<sup>8</sup> con la encarnación, al asumir nuestra condición humana asemejándose en todo con nosotros menos en el pecado, hay una expresión radical de solidaridad. Jesucristo es por definición el hombre solidario<sup>9</sup>.

Jesús anuncia la buena noticia del reino con signos visibles que muestran su sensibilidad solidaria. Es decir, Jesús siendo misericordioso ha sido solidario en su proximidad hacia el otro. Tanto con el otro como persona así como con su pueblo. El evangelio nos dice que Jesús recorría Galilea enseñando y proclamando la Buena Noticia del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el Pueblo. Su fama se extiende hasta Siria e incluso "le trajeron todos los que se encontraban mal con enfermedades y sufrimientos diversos, endemoniados, lunáticos y paralíticos, y los curó. Y le siguió una gran muchedumbre de Galilea, Decápolis, Jerusalén y Judea, y del otro lado del Jordán" (Mt 4,23-25). No podemos negar que en las acciones salvíficas de Jesús se expresan también su solidaridad con los hambrientos y necesitados que tienen que

---

<sup>7</sup> Cfr. Anton Grabner-Haider, *Vocabulario práctico de la Biblia*, Editorial Herder, Barcelona 1975, N° 1518.

<sup>8</sup> Cfr. Flp 2,5-8.

<sup>9</sup> Anton Grabner-Haider, *Vocabulario práctico de la Biblia*, op. Cit., N° 1518.

saciar su necesidad primaria vital (Mc 6,30-44). En síntesis, las curaciones y otros signos que hace Jesús para introducir el Reino de Dios nos muestran que también ha sido solidario.

Los signos de misericordia que hace Jesús no ocultan su sensibilidad solidaria que tuvo con quienes se encontraba en el camino. Jesús no se mueve dentro del esquema de la ley porque introduce un nuevo modo definitivo de relación: el amor entre todos los hombres y mujeres, también confirma el amor de Dios a toda la humanidad.

Jesús al caminar con su pueblo se manifiesta como un hombre que ama y tiene compasión pero también muestra rasgos evidentes de solidaridad<sup>10</sup>.

En el evangelio, todo signo de misericordia de Jesús, toda acción solidaria principian y se insertan dentro de un horizonte de comprensión de la instauración definitiva del reino de Dios. Hay una opción fundamental que da sentido y significado a toda acción aislada de Jesús en su actividad misionera. Lo inmediato tiene un horizonte mediano y definitivo, lo que precede da lugar a las acciones de Jesús en su contexto para que acontezca lo definitivo en la historia. Es decir, la solidaridad divina es expresada en acciones salvíficas que apuntan a la irrupción de lo definitivo en la humanidad y en la creación.

La praxis de Jesús desde el Evangelio nos advierte de la tentación que puede tener la solidaridad humana, ésta tiene el riesgo y el peligro de convertirse en una actividad que degenera en un activismo, en acciones aisladas o atomizadas sin opción fundamental ni proyecto histórico que tenga un horizonte escatológico. En estas circunstancias, ¿No habrá la tentación de pactar con el espíritu de la complacencia inmediata pero sin el compromiso duradero y estable?

Una espiritualidad que lleva a la solidaridad debe ser atenta a esto que hemos dicho. No obstante, ésta concibe al hombre y la mujer desde lo que son, asumiendo todas sus dimensiones sin prescindir del hecho mismo de ser personas que se realizan autodeterminándose, autodefiniéndose pero que toman en cuenta su dimensión social e

---

<sup>10</sup> Obviamente que nosotros estamos haciendo una reflexión sobre la espiritualidad centrada en Jesucristo. Ello no nos hace olvidar la diversidad que existen de espiritualizadas en la actualidad. Cfr. Ermanno Ancilli, *Diccionario de Espiritualidad*, Tomo II, Editorial Herder, Barcelona, 1987, pp. 12ss.



histórica para proyectarse plenariamente incorporándose en el cuerpo social haciendo historia. En nuestro contexto esta solidaridad pasa por la aceptación de caminar con las víctimas de la historia. De ahí que la solidaridad no solamente es un compromiso ético que nace de la propia estructura psicofísica del hombre y la mujer, sino que es una posibilidad positiva fundada en la experiencia radical del encuentro con Dios.

### **Vivir la solidaridad con espíritu de buenos samaritanos (Lc 10,29-37)**

La condición fundamental para ser hombres y mujeres solidarios(as) es de suyo la de ser simple y llanamente humanos. Esto es evidente en la parábola del buen samaritano, que nos hace entender lo que significa pasar de cerca del drama y la tragedia del otro, los otros, de los pueblos. El buen samaritano es quien carga con aquel hombre que le ha sacado del camino para salvarlo del final inminente de su muerte sin ninguna posibilidad de que éste pobre hombre despojado y golpeado pueda elegir, ser agente, autor y actor de su propio devenir porque la situación en que se encuentra le ha sido impuesta. Es decir, este hombre ha perdido toda capacidad en vida de ejecución, de decisión, así como de aceptación del curso de su destino conforme a sus proyectos porque no puede realizarlos.

No hay que olvidar que quien carga con el pobre hombre tirado por los caminos, carga con su dolor, su sufrimiento, la tragedia y el drama de su vida. Sin caer en paternalismos, ni crear dependencias porque quien ha sido liberado de la muerte, luego emerge para asumir su situación tal cual.

Obviamente, la parábola del buen samaritano nos transmite la enseñanza evangélica del amor al prójimo, pero en este caso quien ama también se muestra solidario. Desde nuestra perspectiva, más allá del esquema de la ley que obligaba al sacerdote y al levita quienes se preocupaban por su fiel observancia en todas sus prescripciones cúllicas rituales, se destaca que las acciones solidarias son para los "buenos samaritanos" una posibilidad real de convertirnos en prójimos de quienes nos sacan del camino, sin preocuparnos en principio por adquirir la salvación como resultado de nuestras acciones, porque en definitiva, la salvación es una acción gratuita de Dios quien se hace solidario con la humanidad y la creación.

El buen samaritano es un hombre común, ordinario, es el extranjero y el hereje, un ser humano que ama y es solidario no porque

intente comprar la salvación, ni porque quiere un premio o una bendición de Dios como una manera de retribuir sus buenas acciones. Si lo planteamos de otra manera, podemos preguntarnos lo siguiente: ¿No habrá una imagen de Dios en el hombre y la mujer que se muestran misericordiosos y solidarios con quienes están tirados por los caminos sin pretender con esto tener algún tipo de retribución?

Una cosa importante que podemos inferir de la parábola es que el ser humano próximo del otro(a) no necesariamente debe ser practicante del culto, puede ser que no sea creyente, solamente es un ser humano que tiene la posibilidad de cargar con aquel que lo ha sacado de su itinerario. Es decir, la calidad y la cualidad de quien es próximo no es otra que la de ser simplemente humano, sensible y dispuesto a ponerse solidariamente en camino con el que ha sido víctima de quien no ha sido su prójimo.

Desde nuestra realidad, la espiritualidad tiene el carácter de un cierto atrevimiento a asumir lo vulnerable, lo débil de lo propio y del otro. Ha habido momentos dramáticos en los cuales se nos ha impuesto el dolor y el sufrimiento, hechos que nos pueden ayudar a tener una mayor sensibilidad para los grandes movimientos del Espíritu porque éste revolotea y anida en lo débil y lo vulnerable. De ahí que una espiritualidad que mueve a la solidaridad con los vulnerables, los débiles, en nuestro contexto los marginados y los pobres, está en sintonía con Dios, precisamente porque El se hace presente en todos ellos.

Desde la experiencia de fe en Jesucristo, hay una espiritualidad fuente primaria de la acción solidaria. Esto nos muestra que la realidad humana misma tiene esta predisposición para comunicarse con Dios que es de suyo amor y nos hace capaces de amar, también nos hace capaces de salir de nosotros mismos para ir al encuentro del otro. La espiritualidad de la solidaridad es una vía de acceso a Dios que nos ayuda a descentrarnos de nosotros mismos para ser en plenitud haciendo con Dios y los demás. No hay que olvidar que aquel que recojo del suelo o bien que encuentro en el camino no solamente me hace solidario, sino que me hace descubrir la presencia de Dios en él. El otro me hace descubrir a Dios. Decir esto va en la dirección de situarnos y exponernos para una verdadera experiencia de Dios. Miguel

Matos lo expresa muy bien: “En resumen: a mayor autocentramiento, menos facilidad para la verdadera experiencia de Dios; y a mayor desprendimiento de sí mismo, más facilidad para la misma<sup>11</sup>”.



La espiritualidad es el ejercicio del espíritu humano que entra en diálogo con Dios. En este diálogo con Dios nos situamos como creaturas de cara a nuestro principio u origen creador, descubriéndonos como creaturas creadas y limitadas, pero al mismo tiempo este diálogo nos provoca para ir al encuentro con Dios en lo cotidiano, quien nos envía y nos hace ponernos en camino para alcanzar al final nuestra plenitud en él mismo.

Cuando el Espíritu de Dios toca al ser humano, la espiritualidad cristaliza en esta práctica que nos convierte en los próximos del otro(a), de los otros(as), de los pueblos y de la humanidad. Dicho brevemente, Dios nos plenifica en nuestra realidad de hombres y mujeres vertidos(as) solidariamente a los demás.

Al vivir la solidaridad como espiritualidad, la dimensión contemplativa no me hace salir del cuerpo social, de la historia, sino que tiene una continuidad en la misma praxis solidaria orientada al fin último y definitivo, los cielos nuevos y la tierra nueva. La acción creadora de Dios nos convoca a la actividad co-creadora para recrear la historia de acuerdo a su proyecto, su plan de salvación.

---

<sup>11</sup> Matos, Miguel. “*Experiencia de Dios*”, En: Revista Diakonia Nº 100, (Octubre-Diciembre 2001), 4-11pp.